

## La vocación a la belleza en la Exhortación apostólica «Vita consecrata»

### Introducción

A muchos lectores atentos de la Exhortación Apostólica de JUAN PABLO II *VITA CONSECRATA* (=VC), correspondiente al IX Sínodo universal de Obispos de 1994 dedicado a la vida religiosa en la Iglesia, le ha llamado la atención fuertemente las repetidas y siempre oportunas llamadas al encuentro con la belleza.

La belleza, en VC, se presenta como una meta de la vocación religiosa, con la misma fuerza y fundamentación que la santidad. Se llama a los consagrados a correr en búsqueda de la belleza desde la aspiración profunda del corazón hasta el encuentro pleno y definitivo con la Suma Belleza, Dios.

Las reflexiones que siguen intentan ayudar a valorar esta llamada, a entenderla en sus relaciones profundas con la realidad visible e invisible (de la que la VC es profecía y testimonio) y a amarla y desearla con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas. Un deseo que aspira a la plena fruición y a la plena participación, al revestimiento de la hermosura y gloria de Dios.

Amar y desear la Suma Belleza es inseparable del amor y de la fruición de la Unidad, Verdad, Bondad, Santidad del **SER DE LOS SERES** que es Dios. Es amar y admirar y cantar la belleza divina derramada en la inefable historia doble de la Creación y de la Redención. *Dios mío, qué grande eres: Te vistes de belleza y majestad. La luz te envuelve como un manto* (Sal 103). Historia doble y una.

La belleza, pues, es un vocablo grande en la revelación cristiana como lo son el amor, la verdad, el bien, la santidad. No es un «transcendental» de segundo orden. La belleza en la Creación y en la

136 Redención es el puente que permite al hombre entrar en éxtasis con Dios y a Dios entrar en éxtasis con el hombre. Sin ese apasionamiento amoroso recíproco no se puede hallar sentido a la historia. Creación y Redención no habrían tenido lugar. Ambas manifestaciones de Dios son una, simultánea y bellísima historia de amor que alimenta, sin posible rutina, el canto perpetuo de alabanza del hombre.

### 1. La belleza, un tema profusamente propuesto en la exhortación VC

En VC se alude a la belleza y se convoca a ella muchas veces. Son quince, al menos, de modo expreso. Se la presenta como una realidad radiante, deseable, atractiva, amable (VC 75), plenificante (16), ofrecida y asequible, unida a la verdad, bondad y santidad (19, 20), liberadora (21), inseparable atributo de la divinidad (20, 109), reflejada admirablemente en María (28); es destello moral, se dice, del amor fraterno (41) y sobre todo del amor a Jesús y de la entrega total a Él (64, 14); ornato sobrenatural que perfuma a la Iglesia esposa de Cristo (104); resplandor natural del amor conyugal y familiar (107), rayo de luz que ilumina el camino de la existencia humana (19, 109).

Se habla, es obvio, de la belleza moral, espiritual, divina. El hombre está llamado a participar en ella. Esta belleza espiritual no excluye la física, pero su presencia es indispensable para la plena irradiación.

Pero ¿qué es la belleza? ¿Cómo definirla? Sabemos que escurre a toda definición satisfactoria. Pero comprende unos conceptos en los que hay consenso: armonía de conjunto, proporción, integridad, esplendor y «gloria». En lo bello se da «una presencia soberana de espíritu» en su conjunto que trasciende y llega a tocar la capacidad receptiva del contemplativo regalándole un gozo gratuito<sup>1</sup>. La belleza es manifestación de lo divino, de su «gloria».

En VC la belleza que se presenta no obedece a un mero y superficial esteticismo; es un atributo transcendental del **SER DE LOS SERES**, que es Dios. Bien máximamente deseado por el hombre, sea éste

<sup>1</sup> REGAMEY, *Art sacré au XX<sup>me</sup>. siècle*. Citado por A. LÓPEZ QUINTÁS en *La experiencia estética y su poder formativo*, E.V.D., Estella, 1991, p. 182.

consciente de ello o no. Enamorarse de la Belleza Suprema y-buscarla, es amar y rastrear las huellas de Dios, **EL QUE ES** verdadero, bueno, bello y fuente de toda verdad, bondad, belleza, unidad, fuente de todo arte y creador de todo artista.

No estará de más fijarnos en la definición que el Diccionario de la Real Academia da de la belleza: «*Propiedad de las cosas que nos hace amarlas, infundiendo en nosotros deleite espiritual. Esta propiedad existe en la naturaleza y en las obras literarias y artísticas. La belleza absoluta sólo reside en Dios*». Recalquemos, de paso, el valor de esta afirmación que aparece en una manifestación tan importante de la cultura de un pueblo como es el Diccionario.

Hans Urs v. Balthasar se lamenta de que la belleza «no sirva de punto de partida a los filósofos» y de que «nunca haya tenido una voz ni un puesto garantizado y estable en el concierto de las ciencias exactas y que cuando alguien se atreve a tematizarla se vea acusado de diletantismo ocioso por los superatareados especialistas»; «una palabra, además, de la que, en la época moderna, se ha distanciado la religión y especialmente la teología».

Frente a esta realidad de apatía y olvido estéticos, el mismo Hans Urs v. Balthasar contraponen: «Nuestra palabra inicial se llama **belleza**. La belleza, última palabra a la que puede llegar el intelecto reflexivo, ya que es la aureola de resplandor imborrable que rodea a la estrella de la verdad y del bien y su indisociable unión»<sup>2</sup>.

La belleza, pues, nace con el ser y lo informa y lo plasma y lo trasciende. Todo ser tiene su forma. El cristiano tiene su «forma», que es semejanza e imagen de Cristo. Por lo tanto «la forma lograda del cristiano es lo más bello de cuanto en el ámbito humano pueda darse»<sup>3</sup>.

En definitiva, quien aspira a la caridad perfecta aspira a la santidad y en ella a la belleza. Puede decirse que «*perfecta caritas*» es «*perfecta pulchritudo*» y «*perfecta sanctitas*».

Pero no es bueno pasar por alto que la cultura actual subraya los «elementos de precariedad, finitud e inestabilidad que caracterizan la

<sup>2</sup> BALTHASAR, *Gloria*, tomo I, «La percepción de la forma». Ed. Encuentro, 1.ª ed., pp. 21-22.

<sup>3</sup> *Ibid.*, *Gloria*, p. 31.

experiencia de lo bello», una cultura que aparece impregnada por «la sociedad del espectáculo» de la que formamos parte<sup>4</sup>.

Al sentirnos convocados a la belleza nos sentimos, sí, en el borde de lo sensible con lo espiritual, ante algo inasible. Pero con una certeza: la belleza, como la verdad y el bien, existe, y el acceso a ella y la fruición son posibles.

Como reacción ante las reflexiones que vamos haciendo, suscitadas por la lectura de VC, surge desde la interioridad un deseo: *¡Líbranos, Señor, de la zafiedad y unidimensionalidad materialistas, del tedio incapaz de admiración, de la insatisfacción hecha capricho ante el banquete de la vida, del narcisismo miope y estéril, del cansancio desesperanzado y derrotista, de la tristeza de la avidez insatisfecha, del seco y monótono pragmatismo consumista! ¡Líbranos, incluso, de la reducción de la ética a la justicia, de obsesionarnos por el trabajo y olvidar la fiesta!*

Entre ética y estética existe un real y misterioso vínculo y hasta una identidad: *«No menor ficción (el autor habla de otras en algunas hermenéuticas actuales) es la que quiere separar nuestra necesidad de belleza, la ética y la estética, y que identifica el cristianismo refiriéndolo únicamente a la indigencia humana de justificación y misericordia o, más bien, a su anhelo de verdad, paz y belleza. Quien quiera convencerse de la unidad vivida entre una y otra, lea a San Bernardo y a San Juan de la Cruz»*<sup>5</sup>.

*¡Danos finura de artista, sentido lúdico y poético, capacidad de asombro, penetración espiritual hacia la transcendencia, valoración de la alegría y del placer contemplativo, vuelo hacia el Espíritu, perseverancia hasta llegar a la conquista y don del éxtasis!*

## 2. Dios, fuente de toda unidad, verdad, bondad, hermosura, santidad

No es casual que la «disolución» de la estética en la cultura contemporánea, su desvalorización y olvido coincidan con el ocultamiento

<sup>4</sup> *Enciclopedia de la Filosofía Garzanti* (trad. del italiano), Ed. B.S.A, Barcelona, 1992, vocablo «estética».

<sup>5</sup> O. GONZÁLEZ. DE CARDEDAL, *La gloria del hombre*, BAC, 1985, p.385.

de Dios, la secularización, el reduccionismo materialista y consumista. El lamento de Urs von Balthasar por la defunción del culto de lo bello es paralelo en él al lamento por la pérdida del poder de rezar, quizás de amar. Y es que en el hombre inmanente «el mundo iluminado por Dios se reduce a sueño y apariencia, romanticismo»<sup>6</sup>, sin valor comercial.

Si la seducción enaltecedora y dinamizadora de la belleza muere, se debilita, muere o se debilita en la misma proporción la seducción de la verdad, del bien, de la santidad, de la unidad integradora, en definitiva, Dios desaparece del horizonte humano.

Estos atributos supremos del ser iluminan nuestro mundo y le dan la densidad del «valor». El mundo vale porque es uno en su diversidad, verdadero, bueno, bello, santo. Y no puede ser de otra manera porque su Creador es Dios. La Creación responde a esos cánones y la Redención al restaurarlos. El mal, la mentira, la fealdad, la fragmentación, el pecado no forman parte integrante del ser ni de la condición humana: «Dios se hace efectivamente hombre perfecto sin alterar nada de lo que es propio de la naturaleza, a excepción del pecado, pues ni el mismo pecado era propio de la naturaleza»<sup>7</sup>. La fealdad, como el mal, tiene ese origen misterioso al que alude Cristo en Mt 13, 25: *Mientras todos dormían vino su enemigo, sembró cizaña en medio del trigo y se fue* (Parábola de la cizaña. La humanidad no ha visto nunca al maligno sembrador).

Dios es la fuente y origen de todo bien, verdad, belleza, santidad. El mismo posee estos valores en plenitud y de Él dimanán todos: «No hay nadie bueno sino sólo Dios y, por lo tanto, todo lo bueno es divino y todo lo divino es bueno»<sup>8</sup>.

Este Dios es providente «para que no falte en el mundo un rayo de la divina belleza que ilumina el camino de la existencia humana» (VC 109). Esa providencia divina se manifiesta en que su Espíritu suscita «hombres y mujeres consagrados... (llamados a) vivir plenamente la entrega a Dios». Y en esta condición de bautizados y consagrados son luz y sal del mundo.

Dios es el gran artista, pintor de auroras y atardeceres, músico de

<sup>6</sup> BALTHASAR, *Gloria*, I, p. 23.

<sup>7</sup> SAN MÁXIMO EL CONFESOR, *Las cinco centurias*, I, 8-13.

<sup>8</sup> SAN AMBROSIO, *Sobre la huida del mundo* 7,44.

los ríos, del mar, de los bosques pulsados por los vientos, poeta de los sentimientos, de la mística, del éxtasis.

«Con intuición profunda, los Padres de la Iglesia han calificado este camino espiritual como **filocalía**, es decir, amor por la belleza divina, que es irradiación de su bondad» (VC 19). La belleza es otro nombre de la santidad. «*La justicia y la libertad del hombre son tan arte como la belleza misma*», dijo A. Çasona<sup>9</sup>.

Toda persona, por ser imagen y semejanza de la divinidad, debe participar de la unidad, bondad, verdad y santidad divinas: Y ésta es la suprema belleza, más allá y más profundamente de todo esteticismo «light».

La más rica, fiel y seductora manifestación de Dios en el mundo es Jesucristo, su Unigénito, e hijo de María de Nazaret. Se manifestó «casto, pobre, obediente, orante, misionero» (VC 77), «con el rostro radiante en el misterio de la Transfiguración» (VC 14), como «la infinita belleza que, sola, puede satisfacer totalmente el corazón humano» (VC 16); pero «la Cruz manifiesta en plenitud la belleza y el poder del amor de Dios» (VC 24). Si la Cruz «es la sobreabundancia del amor» (VC 24) es también la sobreabundancia de la belleza. Y esto en alguien cuyo rostro estaba tan desfigurado que ya no parecía un ser humano (Is 52,14).

Quienes llegan a la fruición de la infinita, misteriosa y desconcertante belleza divina manifestada en Cristo torturado, muerto y resucitado viven la experiencia inefable de su «seducción» (*Me has seducido, Yahwé, y me dejé seducir por ti; Jr 20,7*). Encuentran en Juan de la Cruz la expresión de su pasión de amor:

«A zaga de tu huella  
las jóvenes discurren el camino  
al toque de centella,  
al adobado vino;  
*emisiones de bálsamo divino*»<sup>10</sup>.

Cristo es «el esplendor, la imagen luminosa de la gloria de Dios», «la expresión, por antonomasia, de la divinidad»<sup>11</sup>.

<sup>9</sup> Ver: *La Nación* (I., 20-VII-1997), art. *A 50 años de una fiesta memorable de M. CORCUERA*.

<sup>10</sup> SAN JUAN DE LA CRUZ, *Cántico Espiritual*, 25.

<sup>11</sup> BALTHASAR, *Gloria*, I, p. 83.

Dionisio Areopagita dice que «el sublime Pablo cayó bajo el hechizo del eros divino y hecho partícipe de su poder extático, clama con voz inspirada: *Vivo yo, mas no soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí*<sup>12</sup>.

Se puede, pues, asumir plenamente la afirmación de U. von Balthasar: «*De hecho, la encarnación de Dios lleva a su plenitud toda la ontología y la estética del ser creado*»<sup>13</sup>.

El cristiano y consagrado es, por lo tanto, quien toma la «forma» y se reviste de la belleza de Cristo. Es el que «claudica» (término de K. Rahner) «*ante el atractivo de la persona del Señor Jesús y la belleza de la entrega total de sí mismo a la causa del Evangelio*» (VC 14).

Y así entra en el éxtasis fruitivo que es «alegría, ilusión, entusiasmo, felicidad, paz interior, amparo, júbilo festivo, libertad interior»<sup>14</sup>. Es el espíritu de las bienaventuranzas.

«Siguiendo a Cristo en su Espíritu (Rm 5,5), el consagrado se va transformando en imagen suya, en persona unificada y reconciliada, veraz, buena, radiante, alegre, serena, entregada, rendida «ante el hechizo del eros divino» que es difusivo y conquistador, siempre en la verdad y en la libertad. El seguidor de Cristo se transforma, en expresión de Thomas Hora, en «presencia benéfica» en el mundo, difusiva, a su vez, de bien»<sup>15</sup>. Eso es la evangelización.

### 3. La belleza participada

Sólo Dios es la belleza suprema e infinita. En Él nace toda belleza. A su imagen es todo artista. Y Dios llama a descubrir su belleza y a participar de ella. Dice la liturgia: «*Dios todopoderoso, de quien dimana la bondad y hermosura de todo lo creado...*»<sup>16</sup>. Lo que se ora es de fe, se ha dicho siempre (*Lex orandi, lex credendi*).

<sup>12</sup> *De Div. Nom.* 4,13; citado en *Gloria*, I, p. 114.

<sup>13</sup> BALTHASAR, *Gloria*, I, p. 31.

<sup>14</sup> A. LÓPEZ QUINTÁS, *La formación por el arte y la literatura*, Rialp, 1993; p. 51. Por supuesto que el autor habla de la felicidad de las bienaventuranzas.

<sup>15</sup> *Existential Metapsychiatri*, The Seabury Press, N. York, 1977.

<sup>16</sup> *Laudes* del 3<sup>er</sup> martes, tiempo ordinario.

Las palabras de Jesús sean como el Padre Celestial (Mt 5,48) tienen un doble alcance: son mandato de un intento, pero son también la afirmación de una posibilidad asombrosa: ser como Dios. Luego el hombre puede participar de la unidad, verdad, bondad, santidad, belleza de Dios.

Como ya se ha recalcado, Jesús es quien más ha participado de la belleza divina porque es «la figura de su substancia y el resplandor de su gloria» (Hb 1,3), hasta el punto de que verlo a Él es ver al Padre: Felipe, quien me ve a mí ve al Padre (Jn 14,9; 12,45). La belleza de Jesús, belleza en plenitud, cautiva apasionadamente. Es la única. Las demás son reflejos: Todos hemos recibido de su plenitud (Jn 1,16).

VC destaca la belleza de María: «María es aquella que desde su concepción inmaculada refleja más perfectamente la belleza divina» (VC 28). Belleza plena, global, integral, ontológica, moral, espiritual. En María brillan con luz sugestiva y atrayente los elementos integrantes de una belleza que corona su bondad, su santidad, su autenticidad de mujer, madre y virgen. Es un resplandor que no ofusca ni enseguece. Es suave y discreto como la luz de la luna. Es realidad y es poesía inspiradora de preciosas y fecundas utopías hacia lo divino.

La Iglesia es deseada del «eros divino»<sup>17</sup>. Dios obra como esposo y «realiza su obra en la esposa a fin de desearla, invitarla y conducirla a un amor que responda de un modo semejante». Dios, que es el Bien y la Belleza, causan en la Iglesia el «eros religioso» que la mueven a amarlo a Él. Es la acción del Espíritu Santo, el Espíritu de amor, que «infunde en nuestros corazones la caridad divina» (Rm 5,5). Nadie ha subido al cielo sino el que descendió del cielo (Jn 3,13). Es el «admirable comercio»... pero gratuito. El Espíritu y la Esposa dicen: Ven; y el que escucha debe decir: Ven (Ap 22,17). «Importancia particular tiene el significado esponsal de la vida consagrada» (VC 34).

La Iglesia no es un ser abstracto. Es una comunidad de creyentes, esperantes y amantes de Cristo. Estos son los santos, los ungidos por el Espíritu del Padre y del Hijo: Una multitud innumerable, imposible de contar (Ap 7,9). Pero es una multitud de personas con rostro propio, individualizado, irrepetible, que han aceptado cada uno la invitación a comer el maná escondido (Ap 2,17): Dios, Belleza, Bondad plenificante.

<sup>17</sup> DIONISIO AREOPAGITA, *Gloria*, I, p. 114.

En la historia total del AT y del NT hay una multitud de rostros vueltos hacia Cristo y María (la humanidad nueva, la primera soñada por el Padre) que reflejan parcialmente cada uno la inalcanzable y sublime belleza divina. Entre todos componen la inefable sinfonía de sonido y luz, de verdad y bien, de santidad y belleza, de diversidad y comunión.

Razón mística más que valedera para intentar al precio de la vida formar el rostro de Cristo, Dios humanado, con una muchedumbre de rostros que viven «la belleza de la comunión fraterna» (VC 41), «reflejo de la hondura y la riqueza del misterio trinitario», «configuración de un espacio habitado por la Trinidad» (VC 41).

Belleza divina participada por ser belleza divina difundida con infinita inspiración de artista.

Belleza que no desfigura la realidad, esta realidad total, sino que la perfecciona y la hace amable, como los campos de Asís, los pájaros, el lobo de Gubbio, la hermana agua, la hermana muerte... a los ojos de Francisco.

Quedan como una síntesis y reflexión personales después de leer las densas páginas de von Balthasar<sup>18</sup>: una flecha orientada a la infinita sabiduría divina. La fe asegura la BELLEZA de Dios manifestada supremamente en Cristo, pero Dios se traça una política de «ocultación» de ella «*sub contrario*» (bajo formas paradójicas) en la cruz, por lo que el encuentro con la BELLEZA en nuestro peregrinar («*in via*») no es de todos.

El descubrimiento y fruición de la BELLEZA demandan una gran seriedad, mucha profundidad y luz del Espíritu.

Y el paso de la belleza participada a la BELLEZA FONTAL suele demandar frustraciones, noches oscuras, subidas empinadas al Monte, es decir, la Pascua.

El hombre de hoy, se repite, necesita modelos, otros hombres y mujeres que caminen delante y vivan la verdad, la bondad y la belleza que nacen en Dios, fuente de toda bondad y belleza, y que Él derrama pródigamente en la creación y en la historia. Sí, también en la historia, para cuya hermenéutica hace falta la fe. Es la misión de la Iglesia y de la VC en ella: vivir una verdad, una bondad, una belleza auténticas y

<sup>18</sup> BALTHASAR, *Gloria*, I, Introducción.

144 atribuidas explícita y testimonialmente a Dios ante un mundo ignorante, agnóstico o ateo.

Dice Olegario González de Cardedal: «No ha habido ni habrá nunca un cristianismo sin ética y sin estética, pero una y otra manan del Dios creador, de la gloria del Unigénito encarnado, de la faz de Jesús desollada y traspasada en la cruz, de la experiencia del Espíritu Santo y de la vida conforme a las bienaventuranzas»<sup>19</sup>.

#### 4. Santidad y belleza

Lo bueno y lo verdadero es hermoso. Agrada y atrae la mente y el corazón de ángeles y hombres. Su fruición es constitutiva de la felicidad. ¿Cómo ser feliz sin el goce de la belleza? Santo Tomás dice: «Lo bello es aquello cuya posesión agrada; el bien es aquello cuya posesión agrada. Son, pues, lo mismo, pero difieren en la causa... En la belleza, la forma; en el bien, el fin»<sup>20</sup>. La forma-belleza y el fondo-bien se integran como la luz y el fuego.

¿Qué es lo santo, el santo? La santidad indica bíblicamente una pertenencia a la divinidad. *Sean santos* (Lv 19,2) significa: pertenezcan a Dios, obedezcan a Dios, sean imagen de Dios en su vida y conducta.

La santidad integra también directamente el concepto de consagración y hasta de sacrificio, de holocausto (Jn 17,19), la oblación de un yo a un Tú, cumbre y meta de una pasión de amor.

Entonces, la santidad como dedicación a Dios, identificación con Él y con su voluntad en la verdad, en la libertad y en el amor (como corresponde a la dignidad humana) lleva consigo la participación en la belleza suprema que es Dios. Debemos subrayar que es Dios quien santifica; el hombre se abre a Él en libertad y amor.

El «*Perfectae caritatis*» puede, pues, homologarse a «*Perfectae pulchritudinis*». Es decir, aspirar a la caridad perfecta es aspirar tam-

<sup>19</sup> *La gloria del hombre*. BAC, Madrid, 1985, p. 234.

<sup>20</sup> SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica*, 1, 39, 8 c; 2.2, 145, 2 c; 180, 2 ad 3; 1, 5; 4 ad 1.

bién a la perfecta belleza. ¿No es la belleza otro nombre de la santidad?

Lo bueno es hermoso. Y lo supremamente bueno supremamente hermoso. Y así, la consagración religiosa, radicalización de la consagración bautismal, es la expresión del más alto grado de la pasión de amor por la belleza suma que es Dios. La pasión de amor (esto es la vocación religiosa según Gregorio Marañón) surge de la admirable integración de la belleza y del bien que atraen de forma irresistible.

San Agustín, sintiéndose convertido y ya encaminado hacia la santidad, se lamentó de no haber descubierto y amado antes la belleza divina, para él, en realidad, Dios mismo, Suma Belleza: «*Tarde os amé, Dios mío, hermosura tan antigua y tan nueva; tarde os amé. Vos estabais dentro de mi alma, y yo distraído fuera, y allí mismo os buscaba: y perdiendo la hermosura de mi alma, me dejaba llevar de estas hermosas criaturas exteriores que Vos mismo habéis creado*»<sup>21</sup>.

Agustín aprendió a amar simultáneamente al Dios santo, bueno y «soberana hermosura»... *por la que mi alma —dice— continuamente suspira de día y de noche*»<sup>22</sup>. Ninguna belleza participada lo sació y aquietó; sólo la hermosura increada del Dios personal manifestado plenamente en Cristo. «*Nos has hecho, Señor, para-ti...*»<sup>23</sup>; La fascinación de Agustín por lo bello era, más que una estética teológica, una vivencial estética teologal unificada en fe, esperanza y amor con acceso directo a Dios.

Como Agustín, todos los santos y santas se sintieron tocados por el ascua encendida del «eros divino» y buscaron ansiosamente la Belleza Santa, la Santidad Bella. ¿Quiénes de entre ellos, por lo demás, no devoraron ávidamente las páginas agustinianas de las *Confesiones*? En ellas se descubren los más bellos paisajes que puedan deleitar la avidez estética del «hombre espiritual»: Dios y la propia conciencia donde Él mora (Jn 14,22). «*Haz, Dios mío, que yo Te conozca y que yo me conozca*», pide Agustín en su oración<sup>24</sup>.

Los santos *corren como ciervos sedientos* (Salmo 42) tras la belleza divina, se sacian de ella... para tener más sed y la derraman sobre

<sup>21</sup> SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, L.X., XXVIII, 38.

<sup>22</sup> *Ibid.* 53.

<sup>23</sup> SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, L.I, 1, 1.

<sup>24</sup> SAN AGUSTÍN, «*Noverim Te, noverim me*»; *ibid.* X,1; *Soliloquios* 1,2,7.

la Iglesia y el mundo embelleciendo, más allá de lo ponderable e imaginable, la historia. Son vasos llenos de fino y *costoso perfume de nardo que invade toda la casa* (Jn 12,1 s.), al derramarlo sobre el Cuerpo de Jesús en vísperas siempre de una pascua de muerte y resurrección (VC 104). Y el Cuerpo de Cristo es la humanidad, especialmente la sufriente. El perfume más delicado y costoso que emite la Iglesia en sus santos es el amor compasivo y misericordioso, el amor que lleva hasta dar la vida por los demás. Esta es también la belleza suprema.

La hermosura no está en el rostro sufriente del pobre, del enfermo, del leproso, del sidático, del marginado, del pecador... sino en la compasión (hasta la identificación) de Cristo hacia ellos (que comparten los santos) y en el brillo de fe, esperanza y amor que renace en los que se abren a la salvación. Los santos buscan la transformación de un Cristo torturado y muerto en un Cristo resucitado y glorioso.

Los santos son los seres humanos que ocupan el primer lugar de excelencia en la humanidad -muy a su humilde pesar, por cierto- y que tornan habitable este Planeta y su historia. Como «suplementos de alma» que son, son adelantados de la ecología moral y espiritual que necesitó siempre el mundo<sup>25</sup>.

A partir de Cristo y hacia los orígenes adámicos y hacia la parusía final, el mundo y su historia no serían iguales sin Noé, Abraham, Moisés, David, Isaías, Jeremías, Juan Bautista, María, José, Pedro y Pablo, los Doce, María Magdalena, Ireneo, Inés, Atanasio, Antonio, Basilio, Ambrosio, Mónica, Agustín, Jerónimo, León, Benito, Escolástica, Isidoro, Anselmo, Francisco y Clara, Domingo, Tomás de Aquino, Catalina, Ignacio, Teresa, Juan de la Cruz, Rosa, Martín, Vicente de Paul, Luisa de Marillac, Juan Bautista La Salle, Juan Bosco, Teresita, Maximiliano... Y la santidad no se reduce a estos grandes nombres. Hay muchos santos y santas héroes de lo sencillo, cotidiano y silencioso. Hay muchos santos más allá de las fronteras visibles de la Iglesia Católica.

Una luz clara e inequívoca dimana de los santos: ser hombre y ser mujer es algo inmensamente bueno, verdadero y bello.

<sup>25</sup> MAX SCHELER, *El santo, el genio, el héroe*, Ed. Nova, Bs. As.

El tema del mal y su fealdad es insoslayable cuando se habla de bien y de belleza. Hay trigo, pero también cizaña (*Mt* 13,25 s.); hay ovejas, pero también lobos (*Mt* 10,16); hay palomas, pero también serpientes (*Mt* 10,16); hay bendición y maldición (*Mt* 25,31). Hay Tabor y hay Calvario. Hay belleza y fealdad.

El ser mismo uno, verdadero, bueno, bello está herido por la fragmentación y el caos, por el apéndice advenedizo de la mentira, la maldad, la fealdad que introdujo «el enemigo» (*Mt* 13,25) en la siembra de la creación; en la operación homicida de ese enemigo hubo la fealdad agravada de la nocturnidad, mentira y alevosía (*ibid.* y *Jn* 8,44). «Satanás se presenta siempre de incógnito, sin figura, como “no persona”, cuyo ser es no ser, cuyo sentido es el sin sentido»<sup>26</sup>.

Ahí está el mal físico, intelectual, moral y espiritual en sus dimensiones personales, comunitarias y sociales, políticas, económicas, culturales y religiosas. La realidad del mal hace aparecer a Dios como derrotado y al hombre como fracasado. Bien y mal: difícil convivencia para el hombre.

Los males concretos son las guerras, las enfermedades, el hambre («síntesis de todas las injusticias»), el paro, el sida, el cáncer, los campos de exterminio, el odio, la mentira, la esclavitud, el racismo, la deshonestidad, el abuso de menores, la muerte, el pecado. Todo ello da pie a que muchos hombres sometan a Dios a un proceso repetido y que el «Dios bueno» de Cristo (*Mc* 10,18) sea acusado de crueldad, de indiferencia, lejanía o impotencia<sup>27</sup>.

Ante la lepra del mal que invade el mundo como el cuerpo de Job, el creyente «se siente contemporáneo» del paciente y zarandeado patriarcal<sup>28</sup>, y propenso al pesimismo: «*Porco mondo*».

Con mucha frecuencia, demasiada, el hombre se siente abandonado e impotente. Ni Jesús se libró de esta experiencia (*Mt* 27,46).

Porque no hay duda alguna de que el mal duele y es feo y produce miedo y rechazo. Y es muy grande, pese a algunas teodiceas bienintencionadas. El bien, a su vez, es bello, atrae y es mayor que el mal.

<sup>26</sup> MARCEL NEUSCH, *El mal*, Ed. Mensajero, Bilbao, p. 128.

<sup>27</sup> E. SÁBATO, *Sobre héroes y tumbas*, Barcelona, 1978, p. 160.

<sup>28</sup> E. WIESEL, *Mensajeros de Dios*, cap. VI.

Pero la relación bondad-belleza y maldad-fealdad no se presenta con caracteres nítidos; muchas veces se disfrazan «sub contrario», es decir, bajo apariencias opuestas: el bien bajo apariencia de mal y de dolor y fealdad, y el mal bajo disfraz de bien, de belleza, de placer. «El mismo Satanás se disfraza de ángel de luz» (2 Co 11,14). Una belleza física deslumbrante (y se da en muchas personas) puede **ocultar** malamente el caos interior, un endiosamiento, un egoísmo feo, el pecado (que es ausencia de la gracia embellecedora).

Es así: la belleza moral y espiritual (y a veces también la física) crece entre los cardos del mal y del dolor. Cristo crucificado entre ladrones, víctima de la fealdad del odio, de la envidia, de la calumnia y de la inmisericordia vive la «gloria de la cruz», el momento de más belleza que ha vivido la humanidad en la historia: el del amor más grande, puro y gratuito como respuesta a todo el desamor de los hombres de entonces y de todos los siglos.

Jesús, con su cruz, sufrida con amor perfecto, mereció la recompensa de la resurrección. La glorificación de Jesús comenzó ya en la cruz. Aquí, la historia, en Jesús, alcanza la suma unidad, bondad, verdad y belleza. «*En adelante aparece claramente que Dios no quiere el mal, pero también que el mal no consigue desarmar a Dios. La muerte de Jesús, en todo semejante a la nuestra, ha revelado que el mal produce un desgarrón en el mismo Dios, pero también que es el lugar donde triunfa el amor y la salvación*»<sup>29</sup>.

Desde esta perspectiva podemos comprender mejor la postura de VC cuando afirma: «Aquel que en su muerte aparece ante los ojos humanos desfigurado y sin belleza hasta el punto de mover los presentes a cubrirse el rostro (Is 53,2-3), precisamente en la Cruz manifiesta en su plenitud la belleza y el poder del amor de Dios. San Agustín lo canta así: «*Hermoso siendo Dios, el Verbo en Dios (...) Es hermoso en el cielo y es hermoso en la tierra; es hermoso en el seno, hermoso en los brazos de sus padres, hermoso en los milagros, hermoso en los azotes; hermoso invitado a la vida, hermoso no preocupándose de la muerte, hermoso dando la vida, hermoso tomándola; hermoso en la cruz, hermoso en el sepulcro y hermoso en el cielo. Oigan entendiendo el cántico, y la flaqueza de su carne no aparte de sus ojos el esplendor de su hermosura*»<sup>30</sup> (VC 24).

<sup>29</sup> M. NEUSCH, *op. cit.*, p. 119.

<sup>30</sup> SAN AGUSTÍN, *Enarr. in Ps. 44*, 3.

Para los Padres, especialmente Orientales, la «gloria» de Cristo es su cruz. Se inspiraron en el mismo Jesús quien en su oración sacerdotal pide al Padre: *Padre, ha llegado la hora: glorifica a tu hijo para que el Hijo te glorifique a ti (Jn 17,1)*. La cruz manifiesta, pues, simultáneamente, el «peso» del poder de Dios humillándose hasta el extremo y la belleza inefable, el valor imponderable de su acto de amor que conduce finalmente al «ágape», es decir, a darse a comer en el banquete eucarístico y llegar a una unión de fusión «en una sola carne» con sus amigos, por los que muere.

En este acto de amor de Jesús que es la cruz, lo acompañó su Madre, María, en quien se centraba y simbolizaba todo el amor fiel de la Iglesia hacia su Señor crucificado y toda la misericordia hacia el hombre triturado por el mal. Jesús, al decir a María desde la cruz señalando a Juan «*He ahí a tu hijo*» (Jn 19,24) se lo dice también a toda la Iglesia respecto de todos los hombres y mujeres del mundo. La mujer consagrada lo tomará con una especial conciencia. Todo hombre es su hijo.

VC nos remite a María: «María es aquella que, desde su concepción inmaculada, refleja más perfectamente la belleza divina... Si la nueva maternidad dada a María en el Calvario es un don a todos los cristianos, adquiere un valor específico para quien ha consagrado plenamente la propia vida a Cristo. «*Ahí tienes a tu Madre*» (Jn 19,27): las palabras de Jesús al discípulo *a quien amaba* (Jn 19,26), asumen una profundidad particular en la vida de la persona consagrada» (VC 28). Sólo desde la vivencia de la filiación hacia María es posible la maternidad hacia los hombres de la que hablamos en el párrafo anterior. Es, en realidad, una alianza mariana encuadrada en la alianza bautismal<sup>31</sup>.

Dios, pues, no suprime el mal, el dolor, la cruz, ni el pecado en el mundo, pero se hace «débil e impotente en el mundo y sólo así está con nosotros y nos ayuda»<sup>32</sup>. «*¿Dónde está Dios?*», gritó desesperado E. Wiesel, superviviente de Auschwitz, al mirar con horror y rabia a tres ahorcados por las SS. «*Y en mí mismo -dice- escuché la respuesta: ¿dónde está? Aquí... Está ahí, colgado de la horca*»<sup>33</sup>. Dios, al subir a

<sup>31</sup> G. J. CHAMINADE, *Escritos marianos*.

<sup>32</sup> BONHOEFFER, eco de *Hb 2,8*.

<sup>33</sup> E. WIESEL, *Night*, citado por MOLTSMANN en *El Dios crucificado*, Salamanca 1975, p.393.

la cruz en Cristo, ha optado definitivamente por los oprimidos, torturados, marginados, víctimas de la injusticia. María, y en ella la Iglesia, está al pie de la cruz y se adhiere a la opción de Cristo. Es la lucha contra el mal con armas desconcertantes: amor, perdón, pobreza, cruz, solidaridad. La bondad y la belleza de estos sentimientos y voluntad de Jesús-nos han salvado. Sin ellos no estaríamos redimidos.

¡Qué parto tan doloroso el del *hombre nuevo*, el de la *creatura nueva*! (Ef 4,22-24).

Misterio insondable de la sabiduría divina el que para que se dé la «gloria de la cruz» y del martirio «es necesaria» (Lc 24;26) la cruel ceguera de los verdugos.

Pero tanto mal en el mundo (no hay que minimizarlo) «exige» una inmortalidad de justicia (E. Kant). La garantía es Cristo resucitado y glorificado en la plenitud de su poder y de su belleza.

En Cristo, es posible vivir la belleza del bien en la fealdad del mal.

## 6. Expresión de la belleza

VC (desde cuya perspectiva seguimos reflexionando) no es un tratado de estética ni pretende que los consagrados sean artistas o críticos de arte. VC llama a conocer, amar, gozar y vivir la **SUMA BELLEZA** que es Dios mismo y que se manifiesta plenamente en Jesús-cristo y admirablemente en María y en los santos y que se prodiga en la creación y en la historia. Por lo tanto, el acceso a esa belleza fontal en la que nacen todas las demás bellezas participadas se da por la fe, la esperanza y el amor. VC no nos llama, pues, a ser filósofos de la estética ni a ser artistas al modo convencional, pero sí nos llama a producir la mejor obra de arte, la que expresa mejor la suma belleza divina: vidas dedicadas a amar, vidas santas.

La fruición de esa belleza es el fruto gozoso de un descubrimiento experiencial de Dios a la luz de la fe y de una liberación de todo lo que frena, entorpece o imposibilita la comunión de voluntad con Él.

El gran tema de la verdad en el arte tiene aquí su plena aplicación. Esta experiencia y esta belleza no se pueden fingir. La belleza que propone VC no se puede expresar sino a partir de la más auténtica experiencia de un Dios uno, verdadero y bueno, fuente de toda unidad,

verdad y belleza. La mejor expresión de esta belleza es la santidad: *La santidad es el adorno de tu casa, Señor (Salmo 92)*.

Y esta santidad no es ostentosa. Se concentra en la esencialidad, no en las apariencias ni en el espectáculo. Con frecuencia se oculta a la observación de los sentidos y se vive desde las bienaventuranzas, desde la soledad y el silencio, desde la paradoja del dolor, de la cruz, desde la muerte martirial, pero siempre desde la fe esperanzada. El pesimismo no es ni bello ni santo.

Cristo convence y apasiona porque en su pobreza y sencillez, en su virginidad, obediencia, mansedumbre y humildad se nos manifiesta en su más convincente esencialidad, hasta llegar al despojo total en la cruz; en la cruz se patentiza la verdad de su amor. Jesús, allí, ocultó su «gloria»; fueron el Padre y el Espíritu Santo quienes la revélaron en la resurrección e «hicieron justicia» con Él ante el mundo (*Jn 16,10*). *Eres el más bello de los hombres (Salmo 44,3)*.

María se cobijó en la «pequeñez y en la humildad» (*Lc 1,48*). La Iglesia, guiada por el Espíritu Santo, ha ido descubriendo gradualmente a partir de los evangelistas (Marcos, Mateo, Lucas y Juan, por este orden en gradación creciente) la belleza escondida en María de Nazaret. María ofrece a las generaciones sucesivas de creyentes la cautivante y perenne novedad de su belleza humilde y sencilla, como su santidad exactamente. Por esto también convence. No hay en María abalorios postizos: *Prendado está el rey de tu belleza (Salmo 44,12)*.

La Iglesia misma es bella en cuanto es santa, es decir, en cuanto se identifica con Cristo, su Esposo, y en cuanto es la presencia de su amor en el mundo. Atraerá los pueblos hacia su seno, como *la colina de Sión a todos los pueblos de la tierra (Is 2,2)* en cuanto participa de la belleza y santidad de Cristo y en cuanto sube con Él a la cruz: *Cuando yo sea levantado en alto sobre la tierra atraeré a todos hacia mí (Jn 12,32)*.

La Iglesia, a su vez, convence desde la cruz a la que la conduce la lucha por la fidelidad a Dios, la verdad, la justicia y la vida contra la cultura predominante en un mundo que prefiere el espectáculo vacío y mendaz, el propio interés y, en definitiva, la muerte. (No porque lo quiera directamente, sino por error o engaño).

*Tocaré para ti, Señor, el arpa de diez cuerdas y laúdes (Salmo 91,4)*. La belleza que goza en su interior el creyente también busca caminos de arte para manifestarse. La fe y el amor se pueden servir de

la plasticidad, de la luz, del sonido, de la palabra poética, de gestos, ritos y acciones para expresar el propio éxtasis y compartirlo con los demás. El invaluable monumento del canto gregoriano ha nacido de la fe, como también fue la fe la que guió el pincel de Fra Angélico y el de Rublev, inspiró la poesía de Juan de la Cruz y de Gregorio Nacianceno, y la concepción admirable de la arquitectura de catedrales, templos y claustros.

La liturgia es un museo y escenario vivo donde la fe y la belleza se aunan (ojalá siempre) para alimentar la contemplación («teoría») de las asambleas orantes. El arte religioso es un capítulo esencial de la cultura cristiana.

Como vemos, la belleza vivida en la autenticidad de la consagración tiende a manifestarse en todo y a crear un *habitat* y un mundo de consonancia estética con la interioridad iluminada por la gracia.

La más acabada expresión de la belleza divina es la santidad personal: un Dios santo que irradia verdad, libertad y amor en el hombre y la mujer santificados, hechos *vasos frágiles* (2 Co 4,7), pero *espejos en los que se refleja la gloria del Señor* (2 Co 3,18). Cuando esta santidad es comunitaria, la belleza y su irradiación se multiplican.

Hasta la misma vivienda de la comunidad debe transparentar la belleza interior por el orden, la sencillez esencial, los signos y símbolos elegidos y un ambiente de hospitalidad y acogida que pregonan desde su mudez elocuente que «la vida consagrada está al servicio de esta definitiva irradiación de la gloria divina» (VC 27 d) y que «la vida fraterna quiere reflejar la hondura y la riqueza de este misterio (de la Trinidad) configurándose como espacio humano habitado por la Trinidad, la cual derrama así en la historia los dones de la Encarnación que son propios de las tres Personas divinas» (VC 41 b). (Hemos conocido muchas comunidades insertas [sobre todo femeninas] en barrios muy pobres, en viviendas tan pobres como las del entorno, que han atraído a éste a la higiene, a la belleza y a la fe simultáneamente).

En tiempos no muy lejanos leíamos en un análisis descriptivo de un venerado Superior General realizado sobre las diversas tendencias que se manifestaban en su familia religiosa: «*Es verdad que la «contestación» puede ser un deber profético y evangélico... pero la insatisfacción personal, la agresividad sistemática, el desaliño en el vestir, el pelo y la barba descuidados, una cierta grosería en el comportamiento y el lenguaje son normas poco recomendables para comunicar*

*aquello en que se cree*». Estos desfogues, por cierto, están lejos de ser una adecuada y coherente expresión de la posible belleza interior. Tampoco lo son otras concesiones a la mundanidad. El vestir, el lenguaje, los gestos y signos exteriores no son ajenos ni a la estética ni a la ética y santidad ni son neutros como medios de evangelización. Su uso debe ser sometido a discernimiento.

VC insta a salir de la cultura utilitaria y techocrática y de la mera funcionalidad y, desde luego, **de la zafiedad**, y a ungir nuestra vivienda comunitaria con el perfume que invadió la casa de los amigos de Jesús en Betania cuando María ungió a Jesús (VC 104 b).

La capilla o lugar de culto y oración debe ser, con prioridad, el lugar más bello. Hará mucho bien, dará ideas y deleitará profundamente, sin duda, la lectura pausada de *Diálogos con Pablo VI* de Jean Guitton<sup>34</sup>. Allí se dice en diálogo, Pablo VI citando a Simone Weil:

- **«Lo bello es la prueba dada por la experiencia de que la Encarnación es posible».**

Jean Guitton:

- **«Que el arte sea instaurador del espíritu. El soplo primordial llevado sobre las aguas del abismo.»**

Pablo VI:

- **«¡Oh, sí! Que el arte no se cierre al soplo del Espíritu Santo. Mi corazón sangra cuando veo el arte contemporáneo separado de la humanidad, de la vida... La transcendencia amedrenta al hombre moderno. Este mundo en que vivimos tiene necesidad de la belleza para no hundirse en la desesperanza. La belleza, como la verdad, es lo que da alegría al corazón humano, es aquel fruto precioso, resistente al desgaste del tiempo, que une las generaciones y las hace comulgar en la admiración.»**

**Se lo dije a los artistas al finalizar el Concilio en la plaza, el 8 de diciembre. Espero haber sido oído por todos los artistas presentes en el mundo entero, por todos los testigos de lo Invisible. «O beata voce dell' arte, o magica eco, che dal mistero della silenziosa bellezza trai musica di segni e di forme sensibili, quando riprenderai a cantare, quando con tuo fascino sovrumano ci reparlerai, per la via gloriosa**

<sup>34</sup> JEAN GUITTON, *Diálogos con Pablo VI*, particularmente el capítulo 12: «Diálogo sobre la belleza, (Descripción de una capilla papal)».

Hay, pues, una estética sin fe de la que se lamenta Pablo VI: «*El arte se lanza por caminos tan inhumanos, bordea dominios casi infernales*» (*ibid.*, p. 278). También se lamentaba Romano Guardini y lo hace también von Balthasar. El arte sin fe, vienen a decir, no llega hasta el fondo de su valor porque no llega a las raíces del ser, que son divinas por la Creación y están tocadas, de nuevo, por la Encarnación. El arte por el arte bordea el nihilismo, no ha superado el caos.

«El artista no existe mientras no sea profundamente religioso», se atrevió a opinar J. A. Ballester Peña<sup>36</sup>.

Volvamos a Pablo VI: «*Pienso... que entre sacerdote y artista existe una afinidad... una capacidad de entendimiento maravillosa. Nuestro común ministerio consiste en volver accesible, comprensible, incluso emocionante, el mundo del espíritu, de lo invisible, de lo infame, de Dios*»<sup>37</sup>.

Jacques Leclercq habla así de los monjes de Cluny: «*La divisa de Cluny pudiera ser esta fórmula de la Sagrada Escritura que la literatura monástica aplica a sus abades: «Pulchritudinis studium habentes». Estos monjes no eran estetas, pero sí artistas, expertos en el arte de ir a Dios por los caminos de toda belleza. Para recibir la gracia de Cluny, y para percibir su mensaje, es necesario recordar siempre que ellos no han separado el bien de la belleza; ellos han unido cultura y vida espiritual con el propósito de difundir la belleza al mismo tiempo que la bondad*»<sup>38</sup>.

VC nos convoca a vivir y a expresar la belleza que nace en la fe y que se manifiesta en la esperanza y en el amor, que va en profunda

<sup>35</sup> *Ibid.*, p. 280. [«Oh bienaventurada voz del arte, oh mágico eco, que del misterio de la silenciosa belleza produces música de signos y de formas sensibles, ¿cuándo volverás a cantar, cuándo -con tu encanto sobrehumano- nos hablarás de nuevo por la vía gloriosa, y para todos abierta de la súbita intuición, del mundo arcano y profundo del Ser, donde nuestras cosas tienen sentido y raíz?»; trad. del Editor].

<sup>36</sup> BALLESTER PEÑA, *La Nación*, «Cultura», 08-06-97.

<sup>37</sup> JEAN GUITTON, *op. cit.* 276.

<sup>38</sup> *Aux sources de la Spiritualité occidentale. Etapes et constantes*, Paris 1964, pp. 169-173. Citado por O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *op. cit.* p. 385.

cercanía y comunión con el testimonio de santidad. Se unen, pues, la «perfecta caritas» con la «perfecta pulchritudo» y la «perfecta sanctitas».

Si todos estamos llamados a la santidad (*Lumen Gentium*, cap. V), todos estamos llamados a la belleza: «La belleza no es algo superfluo. Partamos de un principio: la Verdad, el Bien y la Belleza son valores transcendentales que no pueden ser limitados a un sector. Están al alcance de todas las personas y se manifiestan en diversas formas de la sabiduría popular. La ciencia... no está al alcance de todos... La sabiduría, en cambio, con su unidad de sentido, enriquece a toda persona de buena voluntad», escribía hace poco el P. Ignacio Pérez del Viso, SJ<sup>39</sup>.

## 7. Educación para la belleza

Por todo el texto de VC y por lo reflexionado hasta ahora podemos decir legítimamente como pórtico de este párrafo dedicado a la educación para la belleza, que educar o formar para la santidad o ejercicio perfecto de la caridad coincide con la formación-educación para la belleza. En la santidad de Dios, en su gloria, la verdad, la bondad y la belleza son un solo y simple atributo con diferentes nombres. No es inútil, sin embargo, y hasta se hace necesario para la inteligencia humana, distinguir los atributos para no dejar olvidado ninguno de los trascendentales, como ha sucedido lamentablemente con la belleza.

VC, y con esta *Exhortación* papal prácticamente todos los documentos y ensayos que se escriben sobre el presente y el futuro de la vida religiosa, destaca la importancia fundamental de la formación, tanto inicial como permanente (VC 65 a 71): «El objetivo central del proceso de formación es la preparación de la persona para la consagración total de sí mismo a Dios en el seguimiento de Cristo al servicio de la misión» (VC 65).

El Espíritu Santo ha sembrado en los llamados (y esa siembra es ya la llamada o vocación) el «eros divino» del que hemos hablado y

<sup>39</sup> I. PÉREZ DEL VISO, SJ, *La sociedad que anhelamos*, art. de *Criterio* n° 2197.

que se concreta en la «filocalía» (VC 19): amor a la belleza fascinante de un Cristo pobre, virgen, obediente, orante, misionero, entregado hasta el holocausto a Dios y a los hombres (VC 77). «La vida consagrada está al servicio de esta definitiva irradiación de la gloria (llamémosla belleza) divina» (VC 27) y humana de Cristo (VC 16). El consagrado es aquél que ha descubierto las maravillas de Dios y al mismo Dios maravilloso y lleva esa buena nueva o evangelio a los hombres y mujeres, sus hermanos.

En consecuencia, toda la formación tiene clara su finalidad: el seguimiento de Cristo, la identificación con Él, el sentirse movido y enriquecido por sus sentimientos (*Flp* 2,5). «La causa eficiente actúa, la causa final influye para ser apetecida y deseada»<sup>40</sup>. Cristo, que es *camino, verdad y vida* (*Jn* 14,6) es la causa eficiente y la final de nuestra santidad.

Llegado el hombre a esta etapa de evolución y maduración en su historia, experimentando la calidad de respuesta que demanda hoy el compromiso eclesial del consagrado y viviendo el desgarramiento que produce la fuerza tentadora de un mundo consumista y hedonista tan seductor, los llamados a seguir radicalmente a Cristo necesitan un «suplemento de alma», una espiritualidad con la profundidad y la fuerza de la mística. Necesitan el éxtasis de la belleza y el gozo de la verdad y bondad poseídas del Tabor (VC 14 s). ¿Sería posible el Calvario sin el Tabor? «Una experiencia singular de la luz que emana del Verbo encarnado es ciertamente la que tienen los llamados a la vida consagrada» (VC 15).

En definitiva, los consagrados deben ser educados para la unidad, verdad, bondad y belleza y para beberlas en su fuente primera que es Dios mismo, uno y trino y encarnado. Se requiere dar un paso del plano ontológico al moral, al ascético y al místico.

Así como la belleza sentida y expresada es un don que está más allá de la técnica, así la mística y el «gozo de la verdad» están más allá del voluntarismo porque son un don (*Ga* 5,22). Pero la iniciación, la petición en la oración y la conducción de un maestro preparan el corazón y lo abren a los dones del Espíritu. Muchos apóstegmas de los Padres del Desierto nos hablan encantadoramente de ello.

<sup>40</sup> STO. TOMÁS, *De Veritate*, q. XXII, a. II.

La educación para la belleza no se realiza aislada de la formación integral de la persona: de la propia conciencia del yo y de la personalidad; de la ubicación en el entorno y el sentido de comunión y empatía con la comunidad para contemplar, escuchar y admirar, quizás crear, juntos; la interpretación, uso y creación de símbolos («el hombre es un animal simbólico»); el uso y la valoración del lenguaje («la poesía... es lugar privilegiado para hacer experimentar la fuerza trascendental de lo bello»); la formación moral tan próxima a la sensibilidad estética; y, sobre todo, la experiencia de Dios a la que se orienta toda la formación, particularmente la religiosa.

La risa, el juego, la fiesta deben ser gustados en la formación inicial y permanente y deben ser considerados en la vida como necesarios «oasis de felicidad»<sup>41</sup>. Es difícil que se pueda dar el necesario ocio para lo bello sin la alegría, la creatividad y la exuberancia de la fiesta, culminación bíblica del trabajo divino de los seis días.

«Un hombre que estaba cazando animales salvajes en el desierto, vio a *abba* Antonio que se recreaba con los hermanos y se escandalizó. Deseando mostrarle el anciano que es necesario a veces condescender con los hermanos, le dijo: «*Pon una flecha en tu arco y estíralo*». Y así lo hizo. Le dijo: «*Estíralo más*». Y lo estiró. Le dijo nuevamente: «*Estíralo*». Le respondió el cazador: «*Si estiro más de la medida, se romperá el arco*». Le dijo el anciano: «*Pues así es también en la obra de Dios: si exigimos de los hermanos más de la medida, se romperán pronto. Es preciso de vez en cuando condescender con las necesidades de los hermanos*». Vio estas cosas el cazador y se llenó de compunción. Se retiró muy edificado por el anciano. Los hermanos regresaron también, fortalecidos, a sus lugares»<sup>42</sup>.

El cultivo de lo gratuito ayudará a ascender al verdadero «encuentro» con el ser y la vida, **EL SER Y LA VIDA**, superando el nivel utilitario y de «dominio» tan de la cultura moderna que «tiende a considerar todos los seres como objetos dominables; posesibles y disfrutables». Este es el marco racional, por encima del instintivo, del seguimiento de Cristo pobre, casto, obediente, servidor, humilde: no se aspira a ninguna otra recompensa que Él mismo y colaborar con Él

<sup>41</sup> E. FINK. Cfr. C. VALVERDE, *Antropología filosófica*, Edicep, 1995, p. 120.

<sup>42</sup> *Cuadernos Monásticos*, n° 33-34, 1975, p. 237.

en la felicidad del hombre: *He venido para que tengan vida y la tengan en abundancia* (Jn 10,10).

El arte, gustación y expresión compartida de la belleza, ayudará a «plasmear ámbitos de unidad» en los que el **encuentro** y no el **dominio posesivo** sea la norma ética; es decir, educar para poder crear espacios de verdad, libertad, amor, santidad, belleza. Ni tener ni poder, sólo amor que se hace servicio.

Alfonso López Quintás, de quien tomamos varias de estas ideas (él a su vez se refiere a Romano Guardini como fuente de algunas), subraya el valor educativo de la poesía y de la música. Dice:

«Afinidad de la experiencia estética, la ética y la metafísica. La estructura de la experiencia de interpretación musical es, en todas sus vertientes, extraordinariamente afín a la estructura de la experiencia ética, la metafísica y la religiosa. Cuando el hombre asume, por ejemplo, un valor ético y actúa impulsado por él, este valor ético deja de serle distante y externo para convertirse en algo íntimo, en una especie de voz interior. Al actuar en virtud de sus exigencias, no se siente el hombre coaccionado (arrastrado desde fuera), alienado (sacado fuera de sí), sino llevado a lo mejor de sí mismo, a su plenitud humana, que es fuente de satisfacción, de gozo y entusiasmo»<sup>43</sup>.

Y sigue diciendo el mismo autor: «Si el gran poeta John Keats proclamó «lo bello es fuente de alegría inextinguible»... algo análogo puede afirmarse de lo bueno, lo verdadero y lo santo. Ayudar a descubrir esta vecindad enigmática de las experiencias humanas más altas es la mayor contribución de la estética a la tarea educativa del hombre. A la luz de este descubrimiento, se comprende la razón que movió al gran Schiller, preocupado modélicamente por cuestiones pedagógicas, a escribir que «el hombre sólo es plenamente hombre cuando juega», ya que «es precisamente el juego, y sólo el juego, lo que lo hace completo y desarrolla simultáneamente su doble naturaleza»<sup>44</sup>.

Y dejo a este mismo autor la conclusión de este párrafo, pues sintetiza lo que mucho más pobre y torpemente que él he querido de-

<sup>43</sup> A LÓPEZ QUINTÁS, *Para comprender la experiencia estética y su poder formativo*, E. V. D., 1991, p. 15.

<sup>44</sup> *Ibid.*, p. 24.

cir: «Desde su peculiar perspectiva, la experiencia estética nos abre a un concepto más amplio y comprensivo de verdad, racionalidad, saber, hombre y realidad. Con ello, nos revela de modo nítido que la personalidad humana se desarrolla a través de la entrega extática a realidades que ofrecen campos de posibilidades de juego, y se destruye cuando el hombre se deja fascinar por realidades exaltantes que producen vértigo»<sup>45</sup>.

Qué cerca están, según esto, en el ser y en el hombre poseído por lo divino, la unidad recuperada, la verdad luminosa, la bondad que atrae y se ofrece, la belleza gratificante, la santidad numinosa y transformadora.

## Conclusión

Se viene hablando desde comienzo de este siglo, que ya agoniza junto con el segundo milenio del cristianismo, del «desencanto del mundo» porque la ciencia y la técnica lo han subyugado a su poder.

Con nostalgia se ha vuelto a hablar de la necesidad urgente de un «nuevo encantamiento del mundo». En ello se afanan la ecología, los poetas y artistas, los filósofos y algún que otro movimiento utópico. También los creyentes y los teólogos y pastores. ¿No es ésta la finalidad de «Tertio Millennio Adveniente» de Juan Pablo II? Pero el nuevo encantamiento no puede venir sino de arriba: «*Hay un canto y un encantamiento de la existencia que escapan al concepto, que sólo se descubren en la ebriedad del corazón, en el desbordamiento de la esperanza, en la incondicionalidad de la fe*»<sup>46</sup>.

Indiferentes, agnósticos, ateos, secularizados, pasotas de la vida, desisten del combate de la trascendencia. Un agnóstico habla así en nombre de otros muchos: «*En estos momentos el agnosticismo parece el único camino para devolver al hombre la seguridad y el entusiasmo frente a tantos millones de cristianos decepcionados para los que Dios es, aunque muchos no lo admitan, un juguete roto*»<sup>47</sup>.

<sup>45</sup> *Ibid.*, p. 11.

<sup>46</sup> O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *op. cit.*, p.231.

<sup>47</sup> E. TIERNO GALVÁN, *¿Qué es ser agnóstico?*, Madrid 1976, p. 97.

Pues bien, VC ofrece la clave de este nuevo encantamiento del mundo, de la vida humana y cristiana y religiosa.

¿Dónde están hoy «los jóvenes que, a zaga de tu huella, discurren el camino?» ¿Por qué no participan más en la carrera del seguimiento «desde más cerca»? ¿Por qué tan fácilmente la abandonan muchos de los que la comienzan? ¿Acaso alguna vez se embriagaron del «adobado vino» o de las «emisiones del bálsamo divino»? ¿Es que enamorarse totalmente de Cristo y seguirlo con fidelidad vale menos o es más difícil hoy que en tiempos de los Doce cuando todos, como el Maestro, fueron aplastados por los poderes de entonces? Preguntas que no son una «catilinaria», sino de una realidad misteriosa que se escapa a la sola racionalidad de las ciencias humanas.

El cansancio y la desilusión pudieran haber hecho presa en algunos. Quizás se volvió la vista atrás o hacia otros horizontes. VC llama a «volver al primer amor», a «la belleza increada», a la «hermosura tan antigua y tan nueva» que es Dios mismo y que se manifiesta en Cristo, en su palabra, en sus sacramentos, en su calidad de vida, en su oración, en su Iglesia y en sus santos. Se ha oído comentar que el llamamiento a la belleza en la redacción original era todavía más reiterado y apremiante.

VC señala un camino hacia los horizontes más amplios y hermosos y entusiasmantes que pueden abrirse al hombre: la vida trinitaria divina, eterna pero ya incoada aquí, la comunión fraterna eclesial y universal, el anuncio de la salvación por la profecía y el servicio. Y lo presenta hermosamente:

- Confesar la Trinidad, es decir, renovar la fe absoluta en Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo y ser consagrado a su contemplación, admiración, servicio y alabanza.

- Significar y hacer presente desde una honda comunión fraterna en la Iglesia el amor de Dios al hombre y a la creación entera.

- Servir al hombre como lo hizo Cristo pobre, casto, obediente, orante, misionero «en la sobreabundancia de la gratuidad».

Difícilmente la Iglesia, en el momento presente, podría haber ofrecido algo más unificado, verdadero, bueno y hermoso que esta luminosa Exhortación Apostólica. En VC culmina la experiencia histórica

secular, la reflexión y la oración de toda la Iglesia («De re nostra agitur», VC 3), que en sus últimas etapas lo trabajó en el Congreso de Vida Religiosa de 1993, se reunió en el Sínodo de 1994 y habló por Juan Pablo II dando «forma» a una *Exhortación* de tan hondas raíces.

VC se presenta con caracteres de un documento de madurez teológica y espiritual que hace pensar en aquel «ama et fac quod vis» (san Agustín: ama y haz lo que quieras). Se ofrece a una libertad madura en la responsabilidad. Consciente, sin embargo, de que no se ha llegado al fin del descubrimiento de la vida consagrada, ni se llegará.

¿Se quiere encantar de nuevo el mundo, la historia, la vida humana, la vida cristiana, la vida consagrada?

Redescubramos lo que ya existe y que el tiempo, el desgaste, el cansancio, la trivialidad, el materialismo, el eficacismo, el hedonismo, la autosuficiencia, la rutina, la cizaña del enemigo pudo ocultar: el rostro de Cristo, tanto en el Tabor como en el Calvario, Hijo de Dios, lleno del Espíritu Santo, nacido de María de Nazaret, Esposo de la Iglesia, amor primero y único de nuestros Fundadores y Fundadoras: *Maran atha* (Ap 22,20).

### *Post scriptum*

Entre el final dado a las reflexiones anteriores (2 de septiembre) y hoy (8 de septiembre) han sucedido casi simultáneamente dos hechos que han conmovido al mundo y que la Providencia ha permitido coincidir, quién sabe con qué arcanos y sabios designios: la muerte de Diana de Gales (1° de septiembre) y la muerte de Teresa de Calcuta (5 de septiembre). Dos mujeres diferentes y distantes, pero no ajenas una a otra. Como el prototipo de dos bellezas. Y Teresa, esa autorizada e indiscutible «mensajera del Señor» para la humanidad del siglo XX que termina, muere rezando por Diana.

Una nota de la agencia ANSA publicada en los diarios de mayor difusión, pensé, puede ser el mejor colofón para las páginas anteriores: «Cuando usted se presente en el paraíso, frente a San Pedro, ¿qué sucederá?, preguntó el cardenal Pío Laghi a la Madre Teresa de Calcuta durante la última visita de la misionera a Roma, el 22 de mayo de este año.

- «Ese día san Pedro me dirá: “Pero ¿qué hace, Madre Teresa? Me ha llenado el paraíso de todos sus pobres”».

- «¿Y cuando usted misma se presente a él?», preguntó otra vez el cardenal.

- «Él me reconocerá», respondió la religiosa durante la sonriente conversación con el cardenal, en la casa romana del purpurado, que el canal televisivo vaticano Telepace retransmitió hoy íntegramente.

Bromeando el cardenal le responde que:

- «San Pedro hará poner en fila a todas las personas que usted le envió en estos años...»

La religiosa respondió:

- «Son 50.000 y todos murieron con el boleto de San Pedro, una sonrisa antes de morir».

- «Y ellos le saldrán al encuentro para saludarla», dijo Pío Laghi.

- «**SERÁ BELLÍSIMO**», acotó la Madre Teresa. (ANSA, Roma 6 sept. 1997).

Para Hans Urs von Balthasar, veámos, la palabra inicial de su teología se llama **BELLEZA**. Para esta inmensa mujer que es Teresa de Calcuta es la última y definitiva, la síntesis de una vida dedicada a amar y el exordio de una eternidad para continuar amando.

*Edison 1151*

*6500 Nueve de Julio (B).*

*Argentina*